

6° DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO



La liturgia del 6° Domingo del tiempo ordinario nos presenta a un Dios lleno de amor, bondad y ternura, que nos invita a formar parte de la comunidad de los hijos amados de Dios. No excluye a nadie ni acepta que, en su nombre, se inventen sistemas de discriminación o de marginación de los hermanos.

La primera lectura nos presenta la legislación que definía la forma de tratar a los leprosos. Impresiona cómo, a partir de una imagen desfigurada de Dios, los hombres son capaces de inventar mecanismos de discriminación y de expulsar en nombre de Dios.

El Evangelio nos dice que, en Jesús, Dios viene al encuentro de sus hijos, víctimas de la discriminación y de la exclusión, que se compadece de su miseria, tendiéndoles la mano con amor,

liberándolos de sus sufrimientos, invitándoles a formar parte de la comunidad del "Reino". Dios no pacta con la discriminación y denuncia como contrarios a sus proyectos todos los mecanismos de opresión de los hermanos.

La segunda lectura nos invita a los cristianos a tener como prioridad la gloria de Dios y el servicio de los hermanos. El ejemplo supremo debe ser el de Cristo, que vivió en la obediencia incondicional a los planes del Padre y que hizo de su vida una ofrenda de amor, al servicio de la liberación de los hombres.

PRIMERA LECTURA

El leproso tendrá su morada fuera del campamento

Lectura del libro del Levítico

13, 1 - 2.44 - 46

El Señor dijo a Moisés y a Aarón:

— «Cuando alguno tenga una inflamación,
una erupción o una mancha en la piel,
y se le produzca la lepra,
será llevado ante Aarón, el sacerdote,
o cualquiera de sus hijos sacerdotes.

Se trata de un hombre con lepra:
es impuro.

El sacerdote lo declarará impuro de lepra en la cabeza.

El que haya sido declarado enfermo de lepra
andaré harapiento y despeinado,
con la barba tapada y gritando:

"¡impuro, impuro!"

Mientras le dure la afección, seguirá impuro;
vivirá solo y tendrá su morada fuera del campamento.»

Palabra de Dios.

1.1 Ambientación

El libro del Levítico trata, sobre todo, de cuestiones relacionadas con el culto (que era incumbencia de los sacerdotes, miembros de la tribu de Leví). Literariamente, el libro se presenta como un conjunto de discursos que Yahvé había dirigido a Moisés en el Sinaí y en los cuales explicaba al Pueblo lo que debería hacer para vivir siempre en comunión con Dios, en el ámbito de la Alianza.

En realidad, el libro presenta un conjunto de leyes, de preceptos, de ritos de épocas diversas y de distintas procedencias, reunidos a lo largo de varios siglos y reelaborados por los teólogos de la "escuela sacerdotal". La gran mayoría de esas leyes, ritos y preceptos, hablan de la vida cultural y pretenden enseñar a los israelitas a vivir como Pueblo de Dios y a responder, de forma adecuada, al amor y a la solicitud del Dios de la Alianza. Fundamentalmente, el Levítico se preocupa en introducir en la conciencia de los fieles que la comunión con el Dios vivo es la verdadera vocación del hombre.

El texto que se nos propone pertenece a la tercera parte del Libro del Levítico (cf. Lv 11-16), conocida como "ley de la pureza". Allí, se presentan las distintas clases de "impureza" que impiden al hombre aproximarse al santuario, así como los ritos destinados a "purificar" al hombre.

La noción de pureza o de impureza que aparece en el Libro del Levítico, es muy próxima a la noción de "tabú" que los especialistas de historia de las religiones conocen bien. Se supone que el hombre quiere su vida jalonada por reglas bien definidas, que le protejan de la angustia y del riesgo a lo desconocido. Todo lo que es excepcional, anormal, insólito, misterioso, destruye la armonía y el equilibrio y puede liberar fuerzas incontrolables que el hombre no domina.

Desde tiempos inmemoriales, ciertos "tabúes" impedían a los israelitas el contacto con determinadas realidades (la sangre, un cadáver, ciertos tipos de alimentos, etc.). Si el hombre entraba en contacto con esas realidades, quedaba "impuro". El contacto con la "impureza" no era pecado; pero el hombre debía "limpiar", la "impureza" contraída lo antes posible. Sólo después de purificado (esto es, de eliminado el estado de indignidad en el que se encontraba), podía volver a aproximarse al Dios santo y establecer la comunión con él.

El caso más grave de "impureza" era el causado por una enfermedad, la lepra. A esa realidad es a la que se refiere nuestro texto.

1.2 Mensaje

Nuestro texto establece el procedimiento a adoptar, en el caso de que alguien contraiga la "lepra". La palabra "lepra" designa, aquí a un conjunto variado de afecciones de la piel, y no solamente a la enfermedad que nosotros conocemos, actualmente, con ese nombre. En general, se utilizaba la palabra "lepra" para designar varios tipos de enfermedad de la piel, que deforman la apariencia del hombre.

Ese grupo de afecciones aquí catalogado bajo el nombre general de "lepra", es visto como un estado insólito y anormal, una manifestación de fuerzas misteriosas, inquietantes y amenazadoras que amenazan la armonía y el equilibrio de la existencia del hombre.

El "leproso" era, en consecuencia, segregado y apartado de la convivencia diaria con las otras personas. Tal medida tenía, naturalmente, una intención higiénica y pretendía evitar el

contagio. Significaba, también, la dificultad de la comunidad en enfrentarse a lo insólito, a lo extraño, a las fuerzas misteriosas e inquietantes de la enfermedad (y, aquí, de una enfermedad particularmente repugnante).

Pero, sobre todo, la exclusión de los "leprosos" de la comunidad tenía razones religiosas. Para la mentalidad tradicional del pueblo bíblico, Dios distribuía sus recompensas y sus castigos de acuerdo con el comportamiento del hombre. La enfermedad era siempre castigo de Dios para los pecados e infidelidades del hombre. Ahora, una enfermedad que impone tanto miedo y tanta repugnancia como la "lepra" era considerada un castigo terrible para un pecado especialmente grave. El "leproso" era considerado, por tanto, un pecador, especialmente maldecido por Dios, indigno de pertenecer a la comunidad del Pueblo de Dios y que en ningún caso podía ser admitido en las asambleas donde Israel celebraba el culto en presencia del Dios Santo.

¿Por qué el "leproso" debía presentarse al sacerdote? Cuando alguien exteriorizaba señales de pecado y de indignidad debía ser proscrito por las autoridades competentes (los sacerdotes) de la comunidad santa. El sacerdote no aplica remedios ni tiene funciones terapéuticas (sino que su función debe ayudar a controlar el mal y a impedir el contagio). Su acción se destina, sobre todo, a decidir sobre la capacidad o incapacidad de alguien para formar parte de la comunidad del Pueblo de Dios y para ser admitido en la presencia del Dios santo.

Lo que aquí es especialmente grave y terrible es cómo, en nombre de Dios y de la santidad del Pueblo de Dios, se crean mecanismos de rechazo, de exclusión, de marginación.

1.3 Actualización

✚ La primera lectura de hoy no contiene propiamente una enseñanza clara y directa acerca de Dios o acerca del comportamiento del hombre hacia Dios. Sin embargo, tiene su valor y su importancia: nos prepara para entender la novedad de Jesús, esa novedad que el Evangelio de hoy nos presenta. Jesús vendrá a demostrar que Dios no margina ni excluye a nadie y que todos los hombres son llamados a formar parte de la familia de los hijos de Dios.

✚ Indirectamente, nuestro texto denuncia la actitud de aquellos que, instalados en sus certezas y seguridades, crean un Dios a la medida del hombre y que actúa según una lógica humana, injusta, prepotente, creadora de exclusión y de marginación. No tenemos que creer en un dios que actúa de acuerdo con nuestros esquemas mentales, con nuestras lógicas y prejuicios; lo que tenemos que hacer es intentar percibir y acoger la lógica de Dios.

✚ Indirectamente, nuestro texto nos invita a repensar nuestras actitudes y comportamientos hacia nuestros hermanos.

¿No será posible que nuestros prejuicios, nuestra preocupación por el legalismo, nuestra obsesión por lo políticamente correcto estén creando marginación y exclusión para nuestros hermanos?

¿No puede suceder que en nombre de Dios, de los "santos principios", de la "verdadera doctrina", de las exigencias de radicalidad, estemos alejando a las personas, condenándolas, catalogándolas, impidiéndoles hacer una verdadera experiencia de Dios y de la comunidad?

Salmo responsorial

Salmo 31, 1-2. 5. 11

V/. Tú eres mi refugio,
me rodeas de cantos de liberación.

R/. Tú eres mi refugio,
me rodeas de cantos de liberación.

V/. Dichoso el que está absuelto de su culpa,
a quien le han sepultado su pecado;
dichoso el hombre a quien el Señor
no le apunta el delito.

R/. Tú eres mi refugio,
me rodeas de cantos de liberación.

V/. Había pecado, lo reconocí,
no te encubrí mi delito;
propuse: «Confesaré al Señor mi culpa»
y tú perdonaste mi culpa y mi pecado.

R/. Tú eres mi refugio,
me rodeas de cantos de liberación.

V/. Alegraos, justos, y gozad con el Señor;
aclamadlo, los de corazón sincero.

R/. Tú eres mi refugio,
me rodeas de cantos de liberación.

SEGUNDA LECTURA

**Seguid mi ejemplo,
como yo sigo el de Cristo**

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios

10,31 - 11,1

Hermanos:

Cuando comáis o bebáis
o hagáis cualquier otra cosa,
hacedlo todo para gloria de Dios.

No deis motivo de escándalo a los judíos,
ni a los griegos,
ni a la Iglesia de Dios,
como yo, por mi parte,
procuro contentar en todo a todos,
no buscando mi propio bien,
sino el de la mayoría,
para que se salven.

Palabra de Dios.

2.1 Ambientación

El texto que hoy se nos propone, es la conclusión de la enseñanza sobre la actitud a tomar frente al problema de comer o no comer la carne de los animales inmolados a los ídolos (cf. 1Cor 8-10). Ya vimos, a propósito de la segunda lectura del pasado Domingo, los datos de la cuestión. Una parte de la carne de los animales inmolados en los templos paganos era comercializada. Los cristianos, naturalmente, compraban esa carne y la usaban en la alimentación diaria. Sin embargo, la situación no dejaba de suscitar algunos problemas: comprar esas carnes y comerlas, como todo la gente hacía, era, de alguna forma, comprometerse con los cultos idolátricos. ¿Eso era ilícito?

Vimos, también, la respuesta de Pablo: dado que los ídolos no son nada, comer de esa carne es indiferente; con todo, se debe evitar escandalizar a los más débiles en la fe: evítese comer carne sacrificada en los santuarios paganos, a fin de no faltar a la caridad.

Como conclusión de su reflexión sobre el tema, Pablo retoma y enuncia los aspectos fundamentales que presentó anteriormente.

2.2 Mensaje

En la cuestión de comer la carne de los animales inmolados en los templos paganos, así como en todas las demás cuestiones, hay un doble criterio que los cristianos deben tener siempre presente: en cualquier actividad, incluso en las más neutras, los creyentes deben tener en cuenta la "gloria de Dios"; y, también, el bien de los hermanos.

El cristiano es libre en todo aquello que no atenta contra su fe y contra los valores del Evangelio; pero puede, a veces, estar invitado a prescindir de sus derechos y de su libertad en función de un bien mayor: el amor a los hermanos. La ley del amor debe estar por encima de todo lo demás, incluso de los "derechos" de cada uno; y el amor puede exigir que no seamos, en ningún caso, un obstáculo ni para la gloria de Dios, ni para la salvación de los hermanos.

Por otra parte, los cristianos de Corinto tienen el ejemplo del propio Pablo. Él no busca su propio interés, la realización de sus proyectos personales o la salvaguarda de sus derechos, sino el bien de todos los hermanos. En esto, Pablo imita a Cristo, que no intentó cumplir su voluntad, sino la voluntad del Padre y que murió en la cruz por amor a los hombres, a fin de que ellos encontraran un camino de salvación. Cristo renunció a sus derechos y prerrogativas divinas por amor y para que se realizara el proyecto de salvación que Dios tenía para los hombres. Para Pablo, el ejemplo de Cristo es la fuente inspiradora que marca sus actitudes y comportamientos para con los hermanos. Y los creyentes de Corinto (y de las comunidades cristianas de todas las épocas y lugares) son invitados a vivir de la misma manera.

2.3 Actualización

✚ ¿La libertad es un valor absoluto? ¿Debemos defender y afirmar intransigentemente nuestros derechos en todas las circunstancias? ¿La realización de nuestros proyectos personales debe ser nuestra principal prioridad?

Pablo deja claro que, para el cristiano, el valor absoluto y al cual todo el resto se debe subordinar, es el amor. El cristiano sabe que, en ciertas circunstancias, puede ser invitado a renunciar a los propios derechos, a la propia libertad, a los propios proyectos porque la caridad o el bien de los hermanos así lo exigen. Aunque un determinado comportamiento sea legítimo, el cristiano debe evitarlo si ese comportamiento hace mal a alguien.

✚ A propósito de esto, Pablo refiere el ejemplo de Cristo, a quien todo cristiano, comenzando por el mismo Pablo, debe imitar. En verdad, Cristo puso siempre como prioridad absoluta el cumplimiento de la voluntad de Dios ("Abba, Padre, todo es posible para ti; aparta de mí esta copa; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú", Mc 14,36); y, a pesar de ser "maestro" y "Señor", multiplicó los gestos de servicio e hizo de su vida una entrega total a los hombres, hasta la muerte. Es este mismo camino el que se nos propone.

Cada cristiano debe ser capaz de prescindir de sus intereses y esquemas personales, a fin de dar prioridad a los proyectos de Dios; cada cristiano debe ser capaz de superar el egoísmo y la comodidad, a fin de hacer de su propia vida un servicio y una entrega de amor a los hermanos.

Aleluya

Lc 7, 16

Un gran Profeta ha surgido entre nosotros.
Dios ha visitado a su pueblo.

EVANGELIO

La lepra se le quitó, y quedó limpio

✠ **Lectura del santo evangelio según san Marcos**
1, 40-45

En aquel tiempo, se acercó a Jesús un leproso,
suplicándole de rodillas:

- «Si quieres, pareces limpiarme.»

Sintiendo lástima, extendió la mano y lo tocó, diciendo:

— «Quiero: queda limpio.»

La lepra se le quitó inmediatamente, y quedó limpio.

Él lo despidió, encargándole severamente:

— «No se lo digas a nadie; pero, para que conste,
ve a presentarte al sacerdote
y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés.»

Pero, cuando se fue,
empezó a divulgar el hecho con grandes ponderaciones,
de modo que Jesús ya no podía entrar abiertamente
en ningún pueblo;
se quedaba fuera, en descampado;
y aun así acudían a él de todas partes.

Palabra del Señor.

3.1 Ambientación

En el episodio que el Evangelio de hoy se nos propone, Jesús continúa cumpliendo la misión que el Padre le confió y anunciando el "Reino". La propuesta de que "Reino" se convierta en una realidad en el mundo y en la vida de los hombres, no sólo con las palabras, sino también con las acciones de Jesús.

La escena sitúa a Jesús frente a un leproso, en un lugar no señalado. La primera lectura de este Domingo nos dio cuenta de la situación social y religiosa del leproso. Para la ideología oficial, el leproso era un pecador y un maldito, víctima de un particularmente doloroso castigo de Dios. Su condición le excluía de la comunidad y le impedía asistir a la asamblea del Pueblo de Dios. Tenía que vivir en descampado, andar andrajoso y avisar, a gritos, sobre su estado de impureza, a fin de que nadie se aproximase a él. No tenía acceso al Templo, ni siquiera a la ciudad santa de Jerusalén, a fin de no mancillar, con su impureza, el lugar sagrado.

El leproso era el prototipo de marginado, de excluido, de segregado. Su condición le apartaba, no solo de la comunidad de los hombres, sino también del propio Dios.

3.2 Mensaje

Un leproso, esto es, un hombre enfermo, marginado de la comunidad santa del Pueblo de Dios, considerado pecador y maldito, "se acerca a Jesús". Probablemente habían llegado hasta él ecos del anuncio del "Reino" y la predicación de Jesús le había abierto un horizonte de esperanza. El deseo de salir de la situación de miseria y de marginalidad en la que estaba metido, vence el miedo de infringir esta Ley y se acerca a Jesús, sin respetar las distancias que un leproso debía mantener con las personas sanas. El hecho da cuenta de su desesperación y muestra su decisión de cambiar su triste situación.

Una vez ante Jesús, el leproso es humilde, pero insistente ("suplicándole de rodillas", v. 40), ya que el encuentro con Jesús es una oportunidad de liberación que no puede desperdiciar. Lo que pretende de Jesús, no es solamente ser curado, sino ser "purificado" de esa enfermedad que le hace impuro e indigno de pertenecer a la comunidad de Dios y a la comunidad de los hombres ("si quieres puedes "limpiarme", v. 40; el verbo griego "katharidzô" aquí utilizado, no debe traducirse como "curar", sino como "purificar" o "limpiar"). Él confía en el poder de Jesús, sabe que sólo Jesús puede ayudarlo a superar su triste situación de miseria, de aislamiento y de indignidad.

La reacción de Jesús es extraña, por lo menos de acuerdo con los patrones judíos. En lugar de apartarse del leproso y de acusarle de infringir la Ley, Jesús le mira "sintiendo lástima", extiende la mano y le toca (v. 41).

El verbo "sentir lástima" ("compadecerse") es aplicado, en la literatura neotestamentaria, sólo a Dios y a Jesús. Habitualmente es usado en contextos donde se refiere a la ternura de Dios hacia los hombres. Jesús es presentado, así, como el Dios con un corazón lleno de amor por sus hijos, que "siente lástima", que se "compadece" de la miseria y del sufrimiento de los hombres.

Después, el amor de Dios hecho presente en Jesús, va a manifestarse en un gesto concreto hacia el leproso. Jesús extiende la mano y le toca. Es, evidentemente, un gesto "humano" que manifiesta la bondad y la solidaridad de Jesús para con el hombre; pero el gesto de extender la mano tiene un profundo significado teológico, pues es el gesto que acompaña, en la historia del Éxodo, las acciones liberadoras de Dios en favor de su Pueblo (cf. Ex 3,20; 6,8; 8,1; 9,22; 10,12; 14,16. 21. 26-27; etc.). El amor de Dios se manifiesta como gesto libertador, que salva al hombre leproso de la esclavitud en la que la enfermedad le había encerrado.

Por otro lado, al tocar al leproso, Jesús está infringiendo la Ley. De esa forma denuncia una Ley que creaba marginación y exclusión. Jesús, con la autoridad que le viene de Dios, muestra que la marginación impuesta por la Ley no expresa la voluntad de Dios. El gesto de tocar al leproso muestra que la distinción entre puro e impuro consagrada por la Ley no viene de Dios y no transmite la lógica de Dios; muestra que Dios no discrimina a nadie, que ama y ofrece la libertad a todos sus hijos y que a todos invita a formar parte de la familia del "Reino", la nueva humanidad.

La respuesta verbal de Jesús ("Quiero: queda limpio", v. 41), no añade nada; pero confirma su gesto. Muestra, con palabras, que desde el punto de vista de Dios el leproso no es un marginado, un pecador condenado, un hombre indigno, sino un hijo amado a quien Dios quiere ofrecer la salvación y la vida plena.

La purificación del leproso significa, en primer lugar, que el "Reino de Dios" ha llegado en medio de los hombres y anuncia la irrupción de ese mundo nuevo del cual Dios quiere barrer el sufrimiento, la marginación, la exclusión.

La purificación del leproso, también, desmonta la teología oficial que consideraba al leproso como un maldito. No es verdad, parece decir el gesto de Jesús, que el leproso sea un impuro, un abandonado por la misericordia de Dios, un prisionero del pecado, abandonado por Dios en las manos de las fuerzas demoníacas. La misericordia, la bondad, la ternura de Dios se derraman sobre el leproso en el gesto salvador de Jesús diciéndole: "Dios te ama y quiere salvarte".

La purificación del leproso significa, finalmente, que el Reino de Dios no pacta con racismos de ninguna especie: no hay buenos y malos, enfermos y sanos, hijos y desgraciados, incluidos y excluidos; hay solamente personas con dignidad, que no deben, en ningún caso, ser privados de los derechos más elementales, y mucho menos en el nombre de Dios.

Consumada la purificación del leproso, Jesús le recomienda vehementemente que no diga nada a nadie (v. 44). Esta recomendación de Jesús aparece varias veces en el Evangelio según Marcos (cf. Mc 1,34; 5,43; 7,36; 7,36; etc.). Probablemente, es un dato histórico, que resulta del hecho de que Jesús no quiere generar equívocos o ser aceptado por razones erróneas. De acuerdo con Mt 11,5 la curación de los leprosos era una acción del Mesías; así, el gesto de Jesús le define como el Mesías esperado. Sin embargo, en una Palestina en plena fiebre mesiánica, Jesús pretende evitar un título que tiene algo de ambiguo, por estar ligado a las perspectivas nacionalistas y a los sueños de lucha política en contra del invasor romano. Jesús no quiere echar más leña al fuego de la esperanza mesiánica, pues tiene conciencia de que su mesianismo no pasa por un trono político (como soñaban las multitudes), sino por la cruz. Jesús es el Mesías, pero el Mesías-Siervo, que viene al encuentro de los hombres para transmitirles el proyecto salvador del Padre y para liberarles de las cadenas de la opresión. Su camino pasa por el sufrimiento y por la muerte. Su trono es la cruz, expresión máxima de una vida hecha amor y entrega.

Al leproso purificado, Jesús le envía presentarse a los sacerdotes (v. 44). Según la Ley, el leproso sólo podía ser reintegrado en la comunidad religiosa después de que su curación hubiera sido confirmada por el sacerdote en funciones en el Templo. Sin embargo, Jesús añade: "para que conste".

Dado que la curación de un leproso sólo podía ser realizada por Dios y era, por eso, un signo mesiánico, el hecho debía servir a los líderes del Pueblo para concluir que el Mesías había llegado y que el "Reino de Dios" estaba presente en medio del mundo.

El leproso purificado debía, por tanto, ser un "testigo" de la presencia de Dios en medio de su Pueblo y una señal de que los nuevos tiempos habían llegado.

A pesar de las evidencias, los líderes judíos estaban demasiado encerrados en sus certezas, prejuicios y privilegios y rechazaban siempre acoger la novedad de Dios, la novedad del Reino.

El texto termina con la indicación de que el leproso purificado "empezó a divulgar el hecho con grandes ponderaciones", a pesar del silencio que Jesús le impusiera. Marcos quiere, probablemente, sugerir que quien experimenta el poder integrador y salvador de Jesús se convierte necesariamente en profeta y en testimonio del amor y de la bondad de Dios.

3.3 Actualización

✚ Nuestro texto nos habla de un Dios lleno de amor, de bondad y de ternura, que se hace hombre y que desciende al encuentro de sus hijos, que les presenta propuestas de vida nueva y que les invita a vivir en comunión con él y a formar parte de su familia. Es un Dios que no excluye a nadie y que no acepta que, en su nombre, se inventen sistemas de discriminación o de marginación de los hermanos.

A veces hay personas (casi siempre bien intencionadas) que inventan mecanismo de exclusión, de segregación, de sufrimiento, en nombre de un dios severo, intolerante, distante, incapaz de comprender las limitaciones y fragilidades humanas. Se trata de un atentado contra Dios. El Dios al que estamos invitados a descubrir, a amar, a testimoniar en el mundo, es el Dios de Jesucristo, esto es, ese Dios que viene al encuentro de cada hombre, que se compadece de su sufrimiento, que le da la mano con ternura, que le purifica, que le ofrece una nueva vida y que le integra en la comunidad del "Reino" (en esa familia donde todos caben y donde todos son hijos amados de Dios).

✚ La actitud de Jesús en relación con el leproso (y con los otros excluidos de la sociedad de su tiempo) es una actitud de proximidad, de solidaridad, de aceptación. Jesús no está preocupado por lo que es política o religiosamente correcto, o por la indignidad de la persona, o por el peligro que representa para un cierto orden social. Solamente ve en cada hombre a un hermano al que Dios llama y a quien es preciso tender la mano y amar.

¿Cómo tratamos a los excluidos de la sociedad o de la Iglesia? ¿Intentamos integrarlos y acogerlos (a los extranjeros, a los marginados, a los pecadores, a los "diferentes") o ayudamos a perpetuar mecanismos de exclusión y de discriminación?

✚ El gesto de Jesús de tender la mano y tocar al leproso es un gesto provocador, que denuncia una Ley inicua, generadora de discriminación, de exclusión y de sufrimiento. Con la autoridad de Dios, le retira cualquier valor a esa Ley y sugiere que, desde el punto de vista de Dios, esa Ley no tiene ningún significado. Hoy tenemos leyes (unas escritas en nuestros códigos legales civiles o religiosos, otras que no están escritas pero que son consagradas por la moda o por lo políticamente correcto) que son generadoras de marginalización y de sufrimiento. Como Jesús, no podemos conformarnos con esas leyes y mucho menos pactar con ellas nuestros comportamientos para con nuestros hermanos.

✚ El Evangelio de este Domingo ofrece a nuestra consideración la actitud de los líderes judíos. Cómodamente instalados en lo alto de sus certezas y prejuicios perpetúan, en el nombre de Dios, un sistema religioso que genera sufrimiento y miseria y no se dejan cuestionar por la novedad de Dios. Están tan seguros y convencidos de sus verdades particulares que cierran totalmente el corazón a Jesús y no se corrigen ante sus propuestas. El sin sentido de esta actitud debe alertarnos sobre la necesidad que tenemos de no instalarnos y de abrir el corazón a los desafíos de Dios.

✚ El leproso, a pesar de la prohibición de Jesús, "empezó a divulgar el hecho". Marcos sugiere, de esta forma, que el encuentro con Jesús transforma de tal manera la vida del hombre, que no puede callar la alegría por la novedad que Cristo ha introducido en su vida y tiene que dar testimonio. ¿Somos capaces de testimoniar, en medio del mundo, la liberación que Cristo nos ha traído?

ALGUNAS SUGERENCIAS PRÁCTICAS PARA EL 6º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

1. La liturgia meditada a lo largo de la semana.

A lo largo de los días de la semana intentad meditar la Palabra de Dios de este 6º domingo del tiempo ordinario. Meditadla personalmente, una lectura cada día, por ejemplo. Elegid un día de la semana para la meditación comunitaria de la Palabra: en un grupo parroquial, en un grupo de padres, en un grupo de un movimiento eclesial, en una comunidad religiosa.

2. Palabra de vida

“Para Dios nada es imposible”, dice el ángel a María. Es verdad, Dios puede crear, puede salvar, puede santificar.

Jesús puede curar a los enfermos que encuentra por el camino, pero espera una palabra de confianza: “¡Si quieres!”. El hombre acepta, entonces, su voluntad. Ante esta confianza del enfermo, Jesús tiene compasión, porque ve que se abandona en sus manos para ser recreado, elevado, salvado, purificado.

Dios se deja tocar por el hombre, su criatura, cuando esta se deja modelar por él, como se dejó modelar en la mañana de la creación.

Jesús recomienda el no decir nada a nadie, porque no quiere aparecer como un taumaturgo que manifiesta lo sensacional, sino como Aquel que es signo de Dios. Un único grito le conmueve: “¡Si Tú quieres, puedes!”. ¡Ojalá que nuestras oraciones de petición comenzasen todas con la expresión de nuestra aceptación de la voluntad de Dios!

3. A la escucha de la palabra

Él se pone en nuestro lugar.

La maldición que afectaba a los leprosos era total: muertos en vida, excluidos de los lugares habitados, con prohibición de ir al templo y a la sinagoga, impuros a los ojos de los hombres y, sobre todo, de Dios.

Uno de ellos quebranta estas normas y se acerca a Jesús que, afectado hasta las entrañas, realiza un gesto impensable: extiende la mano y toca al infeliz, haciéndose él mismo, inmediatamente, impuro. Sucede, entonces, algo extraordinario. Jesús toma en sus manos el mal y el sufrimiento de este hombre. Lo saca de su lepra, lo libera de su exclusión, de toda impureza. El leproso puede reencontrar la compañía de los otros y de Dios. Pero entonces, es Jesús quien “no podía entrar abiertamente en una ciudad. Se veía obligado a evitar los lugares habitados”. Es claro que era para protegerse de la multitud. Pero, de hecho, es como si Jesús hubiese tomado el lugar del leproso.

Jesús, el bien amado del Padre carga sobre sí nuestras faltas y nuestros sufrimientos, se pone en nuestro lugar para asumir en su persona y en el amor del Padre todas nuestras miserias. Y, al mismo tiempo, encontramos toda nuestra dignidad de hombres libres, de pié, capaces de entrar de nuevo en relación los unos con los otros y, sobre todo, de acercarnos de nuevo a Dios sin ningún miedo.

4. Para la semana siguiente

Para la gloria de Dios. en familia.

¡Que todo sea para gloria de Dios! ¿Y si en familia, sacásemos tiempo para dar gloria a Dios? Por ejemplo, sobre todo si los hijos son pequeños, se puede hacer un “póster de la gloria de Dios”: un póster bonito (dibujos, fotografías...) que muestre todo lo que, juntos en familia, vemos de bello y que es motivo para dar gloria a Dios.